

N

NATURALIDAD

1. Importancia y valor de la naturalidad en la vida del cristiano.
2. La naturalidad como actitud del cristiano en medio del mundo.
3. Centralidad de la naturalidad en la misión apostólica del cristiano corriente.
4. Naturalidad, secreto y discreción.

San Josemaría usa el término “naturalidad” en numerosas ocasiones. Esta disposición aparece citada algunas veces junto a la sencillez, como dos virtudes complementarias, dependientes de la virtud de la veracidad que, a su vez, es parte de la virtud cardinal de la justicia. La naturalidad es una actitud profundamente cristiana que tiene un significado rico en los textos de san Josemaría. Siempre denota la cualidad de lo hecho con verdad, sin artificio; un modo de proceder espontáneo y sin doblez, carente de exornación.

El que actúa con naturalidad obra conforme a su naturaleza. En este sentido, se puede decir que esta virtud es parte de la humildad: el humilde reconoce lo que realmente es, frente a Dios y también de cara a los demás, y por tanto se comporta como tal, con una conducta veraz. La persona que obra con naturalidad dice y hace lo que siente, sin doblez ni engaño, a la vez que guarda la delicada discreción que exige cada caso y situación. Desde otra perspectiva la naturalidad se relaciona con la secularidad, en cuanto actitud propia del cristiano corriente, que vive y actúa en me-

dio del mundo, y como uno más entre sus conciudadanos.

1. Importancia y valor de la naturalidad en la vida del cristiano

La amplia experiencia en la labor de almas llevó a san Josemaría a comprender que la sencillez y la naturalidad constituyen una pieza importante en el edificio sobrenatural de la santidad: “Me has escrito: «La sencillez es como la sal de la perfección. Y es lo que a mí me falta. Quiero lograrla, con la ayuda de Él y de usted». –Ni la de Él ni la mía te faltarán. –Pon los medios” (C, 305).

San Josemaría vio en la naturalidad y en la sencillez un rasgo que brilla con luz propia en la vida de Jesucristo y de los primeros cristianos. Jesús vivió la mayor parte de su vida como un israelita de su tiempo, discretamente, pasando inadvertido, con las mismas costumbres y usos del resto de los habitantes de Galilea, cumpliendo –como todos– sus derechos y deberes. “Fijaos en que toda su vida está llena de naturalidad. Pasa seis lustros oculto, sin llamar la atención, como un trabajador más, y le conocen en su aldea como el hijo del carpintero. A lo largo de su vida pública, tampoco se advierte nada que desentone, por raro o por excéntrico. Se rodeaba de amigos, como cualquiera de sus conciudadanos, y en su porte no se diferenciaba de ellos. Tanto, que Judas, para señalarlo, necesita concertar un signo: *aqué! a quien yo besare, ése es* (Mt 26, 48). No había en

Jesús ningún indicio extravagante. A mí, me emociona esta norma de conducta de nuestro Maestro, que pasa como uno más entre los hombres” (AD, 121). El cristiano –todo cristiano, tanto el fiel laico como el religioso, cada uno ocupando el lugar que le corresponde– está llamado a buscar la santidad imitando a Cristo, reproduciendo en su vida la actitud con la que Él pasó por el mundo haciendo el bien y redimiéndolo: “al comportarnos con normalidad –como nuestros iguales– y con sentido sobrenatural, no hacemos más que seguir el ejemplo de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Fijaos en que toda su vida está llena de naturalidad” (*ibidem*).

Pero la presencia del cristiano en el mundo no se traduce sólo en un empeño por *imitar* a Cristo, sino también por *tomar parte* en su misión redentora; y tal como el Verbo ha asumido una naturaleza humana, que comprende todas las realidades humanas –excepto el pecado–, y las ha elevado al Padre, el cristiano, a la luz del misterio de la Encarnación, puede vislumbrar todo el sentido de su presencia en la creación e, inmerso –de un modo u otro– en las realidades del mundo, asume la tarea de santificarlas: de hacer en ellas presente a Cristo con su presencia vivificante. “El creyente es consciente de que conocer su condición de *creado en Cristo*, le ha desvelado definitivamente la verdad sobre la naturaleza humana, así como, la condición *creada* –o sea, referida ontológicamente a Dios– del mundo y de la historia, le desvela también el sentido y la verdad de todas las cosas. Aquí yace, a nuestro parecer, el sentido más profundo de aquella «naturalidad» que todo cristiano, precisamente en cuanto cristiano, está llamado a vivir en medio de un mundo humano” (TANZELLA-NITTI, 1997, pp. 371-372). Y, vista y comprendida desde esta perspectiva, la naturalidad se presenta así como una realidad plenamente teológica.

Como todas las virtudes, la naturalidad ha de informar la vida entera del cristiano,

también su camino hacia la santidad, su empeño por estar siempre cerca de Dios y por acercar a los hombres a Dios. Será un camino que a veces requerirá heroicidad, pero no por esto se recorrerá con menos espontaneidad y discreción. En el contexto de la vocación del cristiano a ser *alter Christus*, *ipse Christus* en todas las dimensiones de su vida, señalaba san Josemaría que “el Señor nos reclama tal como somos, para que participemos de su vida, para que luchemos por ser santos. La santidad: ¡cuántas veces pronunciamos esa palabra como si fuera un sonido vacío! Para muchos es incluso un ideal inasequible, un tópico de la ascética, pero no un fin concreto, una realidad viva. No pensaban de este modo los primeros cristianos, que usaban el nombre de santos para llamarse entre sí, con toda naturalidad y con gran frecuencia: *os saludan todos los santos* (Rm 16, 15), *salud a todo santo en Cristo Jesús* (Flp 4, 21)” (ECP, 96).

Siendo la naturalidad una virtud o actitud que deben vivir todos los hombres, y por tanto también todos los cristianos, cada uno lo hará –como ya decíamos– de acuerdo con su estado y condición. En este sentido, conviene tener presente que “sus manifestaciones exteriores pueden ser muy diversas (...). Hay una naturalidad propia de los sacerdotes, que les lleva a conducirse de modo conforme a su ministerio sagrado, que es un ministerio público; hay una naturalidad de los religiosos, que les impulsa a dar testimonio, también público, del supremo valor de los bienes eternos, como corresponde a su vocación; y hay una naturalidad propia de los fieles laicos, que consiste en vivir coherentemente la fe en su ambiente profesional y social, dando asimismo testimonio de Cristo pero no como quien ostenta un oficio público de la Iglesia (el caso de los sacerdotes y religiosos), sino de modo acorde a su condición de ciudadanos y de profesionales como los demás. Pues bien, cuando san Josemaría habla de naturalidad, se refiere

sobre todo a esta última, la de los fieles laicos” (BURKHART - LÓPEZ, II, 2011, p. 396).

2. La naturalidad como actitud del cristiano en medio del mundo

Hasta ahora hemos trazado algunos aspectos de la naturalidad en general. En el presente apartado, y siempre de la mano de san Josemaría, nos centraremos en lo que implica la naturalidad en el caso del fiel laico, llamado a santificarse en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios.

El cristiano corriente ha recibido la llamada a dar testimonio de la presencia de Dios en medio de las realidades temporales, sin miedo de mostrar con signos exteriores su fe: “el divorcio, que se constata en muchos, entre la fe que profesan y su vida cotidiana –afirma el Concilio Vaticano II–, debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo. No se debe oponer por ello, sin razón, la actividad profesional y social, por una parte, y la vida religiosa, por otra” (GS, 43). San Josemaría venía predicando esa doctrina –tradicional por otra parte– desde los inicios de su labor sacerdotal, proclamando constantemente que una característica de la naturalidad que deben vivir todos los fieles cristianos consiste en reflejar con la propia conducta la convicción interior de que son hijos de Dios; es decir, permear toda su actividad –profesional, social, familiar– de un hondo sentido cristiano: “Naturalidad. –Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas –vuestra sal y vuestra luz– fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevad siempre con vosotros nuestro espíritu de sencillez” (C, 379).

La naturalidad es, pues, una norma de conducta que corresponde plenamente a la índole secular de los fieles laicos. San Josemaría supo ver, como claro precedente del que fue su mensaje de santificación en medio del mundo, la actitud de los primeros cristianos en la sociedad de su tiempo: ellos “vivían a fondo su vo-

cación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos” (CONV, 24). Y así deberán vivir todos los que aspiren a seguir a Cristo en las actividades cotidianas, pues son “personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe” (CONV, 24).

El cristiano debe sentirse responsable del mundo en el que vive, y comprometerse, con mentalidad laical, sentido positivo y esperanza, en las realidades sociales. A las personas que sacaban adelante una universidad se dirigía san Josemaría con estas palabras: “Vosotros (...) sois parte de un pueblo que sabe que está comprometido en el progreso de la sociedad, a la que pertenece. (...) Al prestar vuestra cooperación, sois claro testimonio de una recta conciencia ciudadana, preocupada del bien común temporal” (CONV, 120).

La tensión hacia una participación activa en la sociedad en la que viven los cristianos corrientes es consecuencia de su vocación divina eminentemente secular. No pueden desentenderse de los problemas de sus semejantes, ni dar la espalda a las necesidades de su ambiente, como ciudadanos libres y responsables, sin hacer dejación de sus derechos y deberes. Y en esta cooperación con sus conciudadanos, y a través de ella, los cristianos deben actuar “con naturalidad, pero sobrenaturalizando cada instante de la jornada” (F, 508). Centrando su atención “en la naturalidad y en la sencillez de la vida de San José, que no se distanciaba de sus convecinos ni levantaba barreras innecesarias”, san Josemaría invitaba al cristiano a imitar al Santo Patriarca, y aseguraba que “el hombre que tiene fe y ejerce una profesión intelectual, técnica o manual, es y se siente unido a los demás, igual a los demás, con los mismos derechos y obligaciones, con el mismo

deseo de mejorar, con el mismo afán de enfrentarse con los problemas comunes y de encontrarles solución. El católico, asumiendo todo eso, sabrá hacer de su vida diaria un testimonio de fe, de esperanza y de caridad; testimonio sencillo, normal, sin necesidad de manifestaciones aparatosas, poniendo de relieve –con la coherencia de su vida– la constante presencia de la Iglesia en el mundo, ya que todos los católicos son ellos mismos Iglesia, pues son miembros con pleno derecho del único Pueblo de Dios” (ECP, 53).

En referencia concreta al Opus Dei, enseñó desde un primer momento, que la espiritualidad de la Obra se caracteriza por “la sencillez, el no llamar la atención, el no exhibir, el no ocultar”. En una palabra: por la repugnancia tanto al secreto como al espectáculo. Y así pudo describir el Opus Dei como una “gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres (...) que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad –repito–, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares” (CONV, 119).

3. Centralidad de la naturalidad en la misión apostólica del cristiano corriente

Para san Josemaría, la naturalidad y la sencillez, el caminar confiadamente, sin rebuscamientos, es fruto connatural a la rectitud espiritual de buscar en todo lo que se hace solamente la gloria de Dios y el bien de los hombres. “Cuando se trabaja única y exclusivamente por la gloria de Dios,

todo se hace con naturalidad, sencillamente” (S, 555). Y, así, espontáneamente, la fe se expresará en un testimonio que atrae a los demás hacia Dios.

Delante de Dios somos como somos: la naturalidad se configura –según ya antes decíamos– como una virtud muy unida a la humildad: saberse ante Dios hijos conocidos, comprendidos y amados por Él, a la vez que necesitados de Él en todo, lleva directamente a ser sencillos, naturales. Ante Dios no cabe teatro ni apariencia y tampoco cabe ante los demás hombres. La naturalidad se opone a la doblez y a la complicación, que llevan a fingir, a no expresar sinceramente lo que se tiene en el corazón. Se revela así como una virtud necesaria para el apostolado que realiza el fiel laico entre sus iguales, y como fruto de un trato de amistad y confidencia, amable y espontáneo, propio de personas que respetan y quieren a los demás, que saben actuar adecuadamente, sin confundir la delicadeza con la oficiosidad, ni la mesura con la afectación: “El apostolado cristiano –y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales– es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina” (ECP, 149).

El cristiano manifestará su fe con naturalidad, en el esfuerzo por vivir de ella y en la alegría interior que, en consecuencia, informa su actuación. Y así fluirá espontáneamente en la palabra y con el ejemplo, y será precisamente tomando ocasión del trabajo profesional, de las relaciones familiares, del descanso, como con naturalidad irá dando a conocer a Jesucristo a las personas con las que se relaciona. “Cada uno de vosotros ha de ser no sólo apóstol, sino

apóstol de apóstoles, que arrastre a otros, que mueva a los demás para que también ellos den a conocer a Jesucristo. Quizás alguno se pregunte cómo, de qué manera puede dar este conocimiento a las gentes. Y os respondo: con naturalidad, con sencillez, viviendo como vivís en medio del mundo, entregados a vuestro trabajo profesional y al cuidado de vuestra familia, participando en los afanes nobles de los hombres, respetando la legítima libertad de cada uno” (ECP, 147-148).

Pero si es cierto que la naturalidad llevará al cristiano a no distinguirse de los demás ciudadanos, también lo es que, precisamente en aras de esta naturalidad, en ocasiones se verá impulsado a actuar contracorriente respecto a “lo que hacen los demás”, llamando en cierta manera la atención. “«Y ¿en un ambiente paganizado o pagano, al chocar este ambiente con mi vida, no parecerá postiza mi naturalidad?», me preguntas. –Y te contesto: Chocará sin duda, la vida tuya con la de ellos; y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido” (C, 380). Y será asimismo “«natural» que quienes traten a un cristiano que busca la santidad en la vida corriente noten su esfuerzo por cultivar las virtudes, adviertan que practica la fe –participando también en el culto público, sin «esconderse»–, y reciban el influjo de su apostolado, aunque todo esto contraste visiblemente con el ambiente que le rodea” (BURKHART - LÓPEZ, II, 2011, p. 397).

4. Naturalidad, secreto y discreción

La naturalidad destierra la astucia, la duplicidad, la falsía, que esconde el propio egoísmo: por eso se opone al secreto, que lleva a tratar de velar información sobre uno mismo, con el fin de evitar ser conocido tal como uno es o para inducir a un juicio erróneo. Una persona que no vive esta virtud corre el peligro de caer en la hipocresía, que es un gran obstáculo en el trato con el Señor: “La naturalidad y la sen-

cillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor” (AD, 90). Guardarse en secreto algo acerca de una dimensión de la propia vida que, en un determinado contexto, debe ser conocida, es una gran falta de naturalidad y sencillez y un gran daño para la vida interior. Hablando de la necesidad de la sinceridad en la dirección espiritual, en la que el cristiano abre su alma al buen pastor, escribía san Josemaría: “Niño bobo: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño, porque habrás perdido la sencillez” (C, 862). Y con la falta de sencillez entra en el alma la doblez, acompañada siempre de la falta de paz.

San Josemaría huyó siempre del secreto, tanto en su vida como en la vida del Opus Dei. La naturalidad le llevó a dar el cauce normal a todas las cosas: dijo y urgió a decir siempre lo que se debe decir y a quien se debe, tal como hay que decirlo y a su tiempo. Dirigiéndose a sus hijas e hijos de la Obra escribía: “Nosotros, hijas e hijos míos, no tenemos nada que encubrir u ocultar: la espontaneidad de nuestra conducta y de nuestro comportamiento no puede ser confundida por nadie con el secreto. Nunca he tenido secretos, ni los tengo ni los tendré. Tampoco los tiene la Obra” (*Carta 11-III-1940*, n. 58: AGP, serie A.3, 91-6-2).

De otra parte, la naturalidad no excluye el pudor o discreción respecto de la propia intimidad o de la propia familia. Al contrario, la supone: “discreción no es misterio, ni secreto. –Es, sencillamente, naturalidad” (C, 641). La discreción protege los asuntos personales de cualquier malinterpretación o incomprensión a las que se podrían prestar si se colocan en un contexto inadecuado: “Discreción es... delicadeza. –¿No sientes una inquietud, un

malestar íntimo, cuando los asuntos –nobles y corrientes– de tu familia salen del calor del hogar a la indiferencia o a la curiosidad de la plaza pública?” (C, 642).

El cristiano que sirve a los demás con naturalidad, buscando el bien de los otros, tratando de no figurar, de no “sumar puntos”, vivirá ese trato con delicadeza, huyendo de cualquier apabullamiento que puede hacer daño o humillar. De ahí el consejo que daba san Josemaría, en referencia a un punto concreto, para enunciar un principio de valor universal: “Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes. –¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!” (C, 440).

Voces relacionadas: Humildad; Secularidad; Sencillez; Sinceridad.

Bibliografía: AD, 73-93; ECP, 39-56; S, 554-566; “Aspectos de la humildad”, en Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 389-411; Santiago DE LA CIERVA (ed.), *Comunicación y ciudadanía/Communication and Citizenship*, GVQ, XII, *passim*; Giorgio FARO (ed.), *Lavoro e vita quotidiana*, GVQ, IV, *passim*; José Luis ILLANES, “Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei”, en OIG, pp. 199-300; Giuseppe TANZELLA-NITTI, “*Perfectus Deus, perfectus homo*. Reflexiones sobre la ejemplaridad del misterio de la Encarnación del Verbo en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 25 (1997), pp. 360-383.

Pau AGULLES

NIGERIA

1. Inicio de la labor y primeros pasos.
2. Comienzo de la labor con mujeres.
3. Expansión de la labor apostólica.

Nigeria es, después de Kenya, el segundo país de África donde comenzó, en 1965, la labor del Opus Dei.

1. Inicio de la labor y primeros pasos

Durante el Concilio Vaticano II, san Josemaría conoció a tres obispos de Nigeria –James Moynagh, obispo de Calabar; William Field, de Ondo; y Richard Finn, de Ibadan–, quienes le pidieron que comenzara la labor apostólica del Opus Dei en sus diócesis.

En junio de 1965, el arzobispo de Aachen (Aquisgrán), Johannes Pohlschneider, presidente de *Misereor* (agencia de desarrollo de la Iglesia católica alemana), visitó Kenya y Nigeria acompañado por Pedro Casciaro, presbítero del Opus Dei. Desde Nairobi volaron a Ibadan junto con otro sacerdote de la Obra, José Domingo Gabiola. Allí se reunieron con el obispo del lugar, Richard Finn, y su secretario, Oscar Welsh. Ibadan, con casi un millón de habitantes, era la ciudad más poblada del oeste de África. Tenía la primera universidad del África subsahariana y atraía a los mejores estudiantes nigerianos y de países vecinos.

Mons. Pohlschneider deseaba ayudar al establecimiento de la labor apostólica del Opus Dei. Pedro Casciaro propuso comenzar una obra corporativa de nivel universitario que ayudase al desarrollo intelectual y cristiano del país. Se inclinaron por el proyecto de establecer una escuela de ingeniería asociada a la Universidad de Ibadan. Conocieron a algunos profesores dispuestos a ayudar, exploraron las posibilidades de empleo en la Universidad, y buscaron una casa para el primer Centro de la Obra. Edward Taiwo –que había conocido el Opus Dei siendo estudiante en

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.